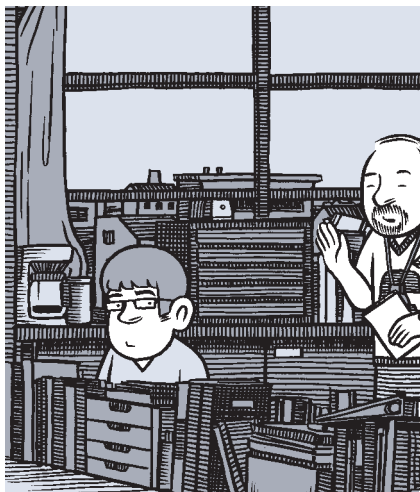
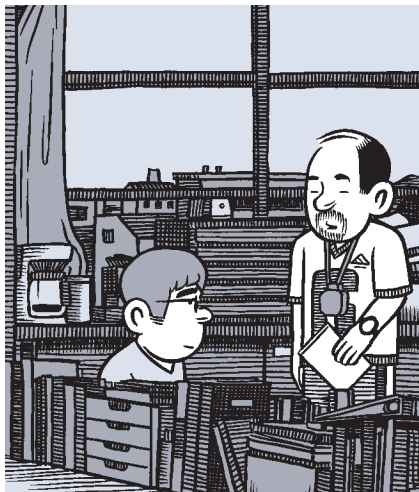


HACE UN PAR DE DÍAS mi supervisor quiso saber si renovarí mi contrato otro año más.



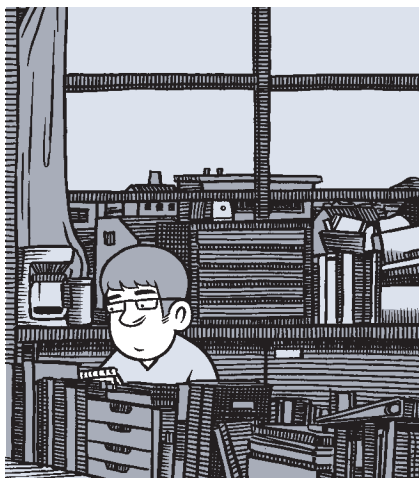
No tenía que decidirlo hasta dentro de un mes, pero había pensado en quitarse de encima el papeleo si ya lo tenía claro.



Le dije que aún lo tenía que pensar, pero que trataría de decirle algo en una semana o dos.



Cuando se marchó, eché un vistazo a un calendario e hice cuentas. Ya llevo casi ocho meses en Japón.



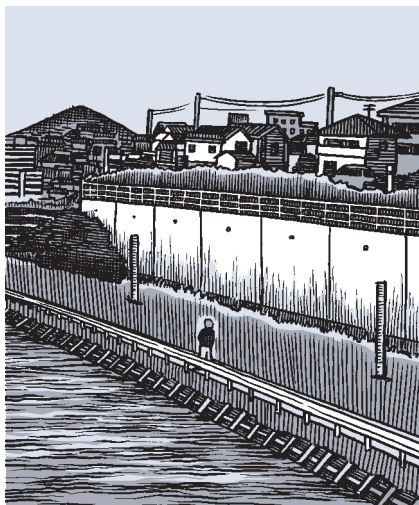
En el fondo sabía que era aproximadamente eso, pero me resultaba extraño ponerle una cifra.



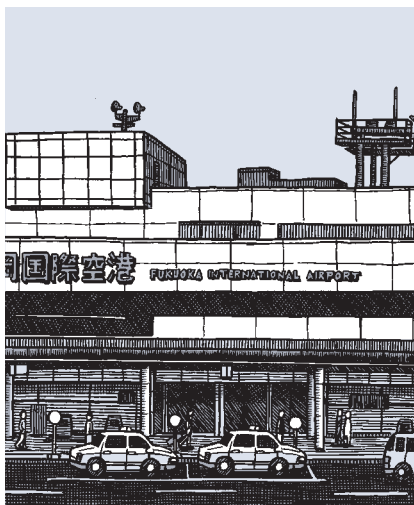
A veces me parece que llegué hace un par de semanas. Otras veces es como si llevara años aquí.



Nunca antes me había planteado que el paso del tiempo tuviera tantos matices.



Pero supongo que ahora me cuestiono muchas de las cosas que daba por sentadas.



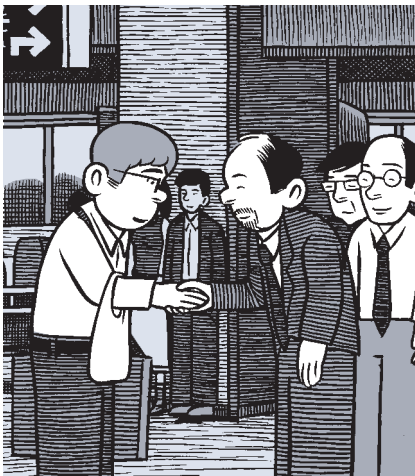
Como lo de renovar el contrato. Pensaba que eso lo tenía ya decidido. Renovaría dos veces, un total de tres años de estancia.



Creo que incluso entonces hubo indicios de que las cosas no serían tan idílicas.



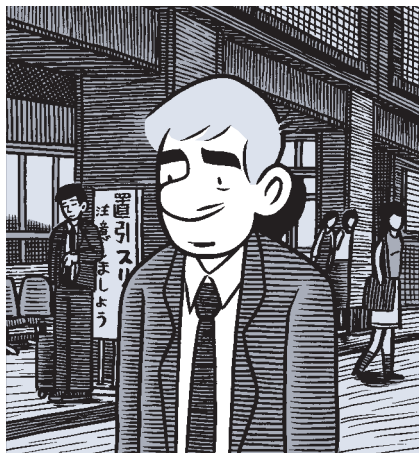
La herencia resultante sería colosal. Fluidez en japonés, alumnos y colegas me venerarían, un cambio radical en mi curriculum...



Como mi antecesor, por ejemplo. Al echar la vista atrás, las señales de alarma me parecen obvias.



Se mostraba reacio a hablar de su experiencia; además, se iba al cabo de un solo año, y aquel semblante de derrota...



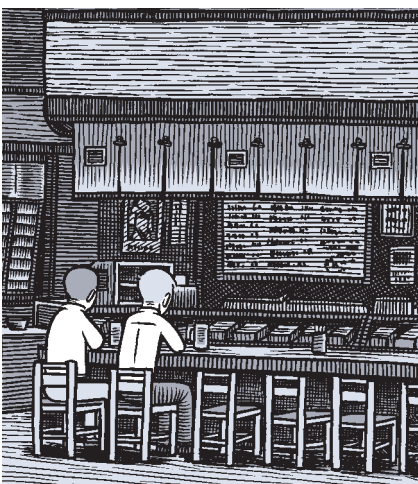
En su última noche en Japón me aseguró que sus motivos para marcharse eran personales, y que no tenían nada que ver con el trabajo que yo iba a heredar.



No se me ocurrió que tal vez dijera aquello para que yo no empezara con mal pie. Sospecho que sí...



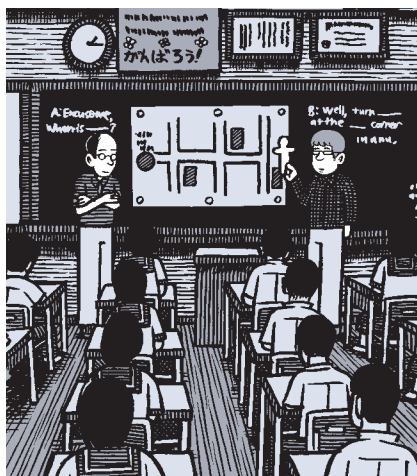
Pero tal vez me esté imaginando cosas donde no las hay. La mente ociosa se pone a divagar.



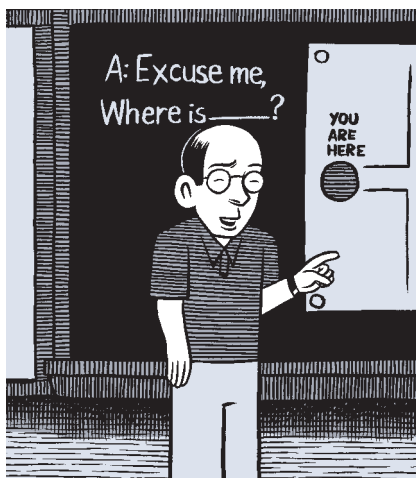
Estoy contratado en una escuela secundaria como profesor auxiliar de inglés, un «PAI».



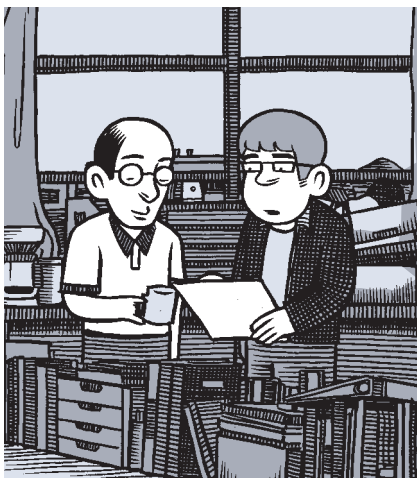
En concreto, el «auxilio» que presto depende en gran medida de cada uno de los seis profesores de inglés con los que trabajo.



Por un lado está el señor Sato. Le apasiona la enseñanza y es una de las personas más amables que he conocido en mi vida.



Me lleva a su clase con frecuencia, y siempre está dispuesto a probar cosas nuevas. Un tío genial, en definitiva.



El polo opuesto al señor Sato es la señorita Mori. Nunca en la vida me habían evitado tan descaradamente como ella.



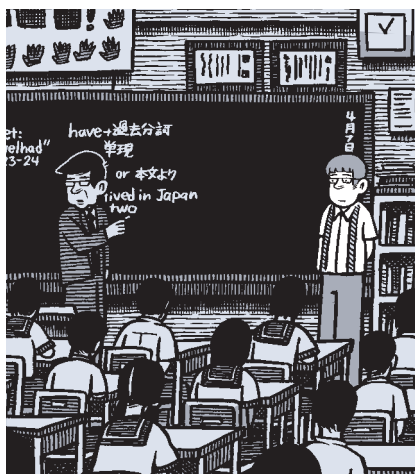
Ha anulado todas mis clases con ella salvo tres. Su excusa infalible es «tengo que centrarme en el libro».



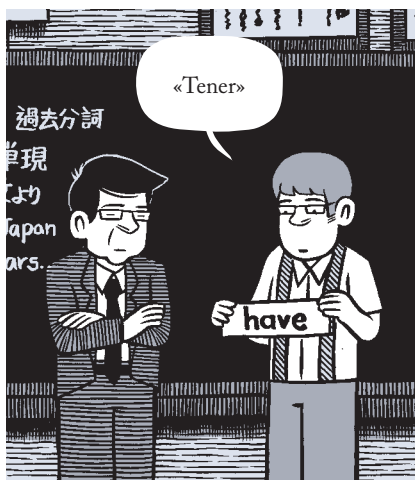
Fue la única profe de inglés que ni se molestó en venir a mi fiesta de bienvenida. Me ha estado esquivando, literalmente, desde el primer día.



Los otros cuatro profes oscilan entre ambos extremos. Interactúan conmigo y me llevan a sus clases, aunque solo a las estrictamente necesarias.



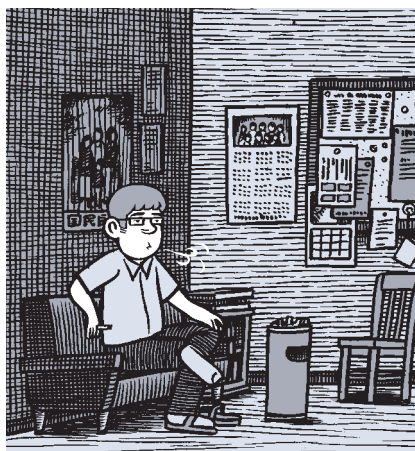
El trabajo es bastante fácil. Me refiero a que no hace falta preparación previa o experiencia.



Mi trabajo podría perfectamente ser a tiempo parcial. Raras veces tengo más de dos o tres horas de clase al día.



A nadie parece importarle lo que haga el resto del tiempo, mientras permanezca en la escuela durante ocho horas diarias.



Hace ya tiempo que dejé de fingir que trabajaba fuera de clase. Seguramente podría tumbarme en una hamaca y nadie rechistaría.



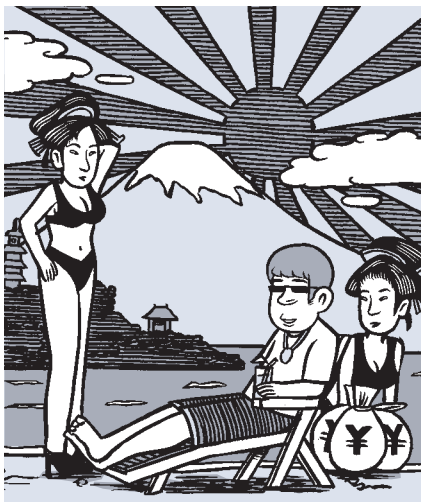
Mis amigos de EE.UU. no entienden cómo se me pasa siquiera por la cabeza dejarlo cuando acabe este curso.



La mayoría trabaja en condiciones rayanas en la esclavitud, así que comprendo que mi trabajo pueda parecer ideal desde su punto de vista.



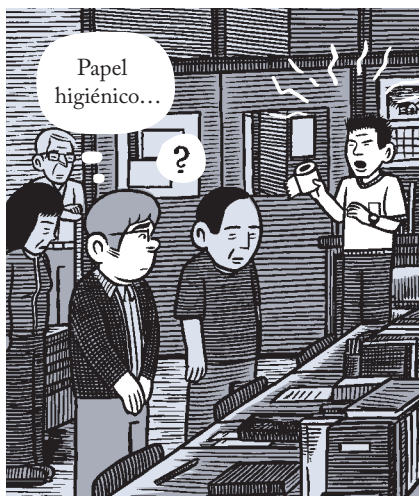
Bien pagado, poco estrés, mucho tiempo libre... En teoría, suena genial.



Pero la realidad no es tan maravillosa. Los detalles marcan la diferencia.



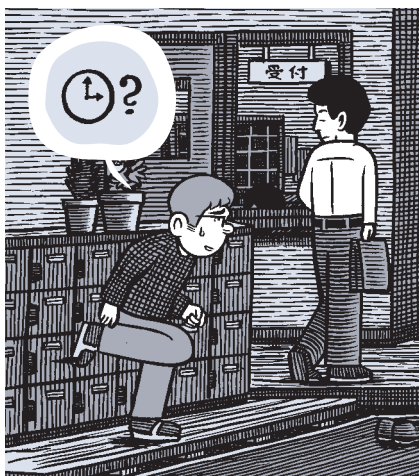
No saber nunca qué rayos pasa te harta enseguida, por ejemplo.



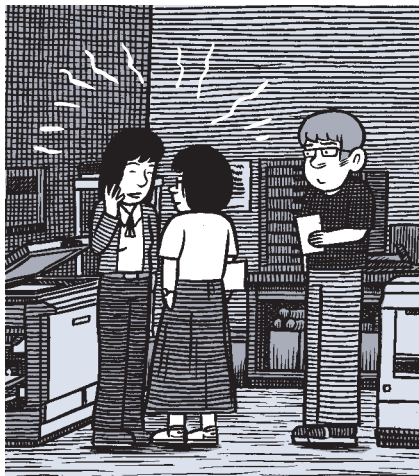
Tras ocho meses de sangre, sudor y lágrimas, sigo expresándome como un troglodita en japonés.



Si le quiero preguntar a alguien por el tiempo o su color favorito, puedo chapurrear algo inteligible.



Por desgracia, hasta las conversaciones triviales requieren un poco más de sofisticación. Los matices del diálogo son más difíciles de lo que parece.



Lo que me mata es cuando un profe, amable y tímido, reúne el valor suficiente para darme conversación.



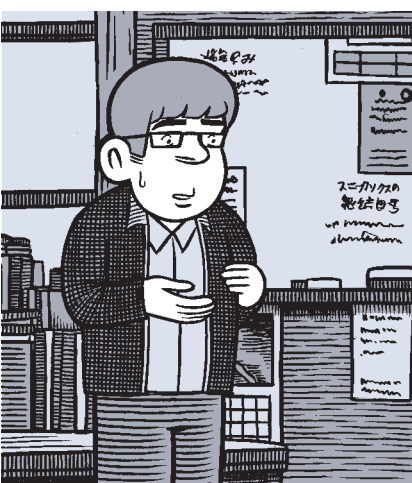
Una vez superadas las formalidades iniciales empiezan a surgir palabras y expresiones que desconozco, y mi japonés empieza a fallar.



Reformula algo que no he entendido, pero tampoco lo entiendo así. Con una risa incómoda, miramos al suelo...



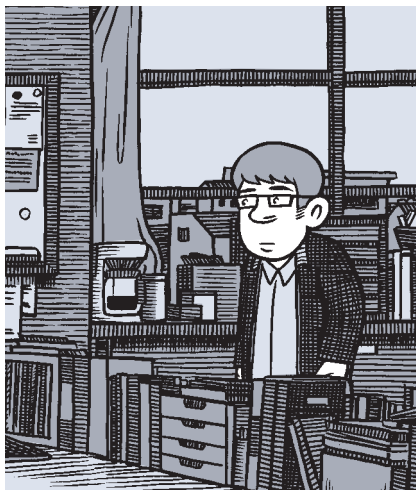
Los silencios son penosos. Es como ver la conversación apagarse ante mis ojos, indiferente a mis intentos por salvarla.



Perseveramos, pero tras un par de minutos queda claro que, sencillamente, carecemos de medios para comunicarnos de manera eficiente.



La marginación sería más llevadera si tuviera algún entretenimiento.



Con una áspera reverencia, termina la conversación y el profe se marcha para siempre.



Pero mi empleo no es de gran ayuda en este sentido, y fuera del trabajo las alternativas no son mucho mejores.

